

CAROLINA POBLA

# GERANIOS

EN EL

# BALCÓN



MAEVA

Primera parte  
(1928-1933)

# 1

La Macarena era un vergel exuberante que la naturaleza había ido construyendo bajo las órdenes de un hombre, don Rafael. Las palmeras más altas de toda la costa malagueña desafiaban al salitre y lo vencían con la ayuda de una gran cantidad de plantas tropicales que su dueño había hecho traer desde el otro lado del mundo. Estaba lleno de rincones, escondrijos, caminos y puentes. Cualquier momento tenía su espacio en aquel jardín maravilloso, diseñado para ser perfecto. No había nada que no pudiera pasar allí. Y en el centro del paraíso estaba la casa, enorme y hermosa, completamente mimetizada con el entorno.

Don Rafael era un hombre muy alto, rubio, con los ojos de un azul profundo. La anchura de sus hombros le daba un aspecto fuerte y respetable que la edad y los muchos viajes como marino mercante habían acentuado. Gracias a una herencia familiar había comprado un gran barco que le proporcionaba buenos beneficios y le permitía vivir mucho mejor de lo que, por clase, le habría correspondido. Era un hombre hecho a sí mismo que había conseguido todo lo que se había propuesto y que solo tenía una debilidad: sus cinco hijos. Hacía algún tiempo que don Rafael había dejado de navegar, y ahora se dedicaba a cuidar de su finca cerca del mar, a controlar su negocio desde el despacho y a ver crecer a sus hijos. Y entre todos ellos, Rosario, su hija mayor, ocupaba un lugar más que destacado.

La muchacha irradiaba esa seguridad que brinda la soberbia de saber que nunca te faltará nada y que, hagas lo que hagas, alguien responderá siempre por ti. Adoraba a su padre con la misma intensidad con que despreciaba a su madre, una mujer demasiado inocente que comenzó a ser desgraciada el mismo día que nació.

Mustia y poco agraciada, aunque perteneciente a una buena familia con dinero, Beatriz había aceptado enseguida la única proposición de matrimonio que había recibido a una edad en la que todos se temían que se iba a quedar para vestir santos, la del joven Rafael, que intentaba abrirse camino en un entorno que desconocía y para quien fue un matrimonio afortunado aunque infeliz. Nunca llegaron a quererse y, a pesar de los esfuerzos que hacía don Rafael, la única alegría que compartieron fue la llegada de un hijo tras otro.

A Rosario no le gustaba la debilidad de su madre, ni su forma de pedir cariño, ni su voz demasiado suave, ni esa manera de observarla con mirada triste, como esperando un poco de atención. Esa mirada la exasperaba. La distancia que las separaba era cada vez más amplia y la falta de apego de Rosario hacia su madre, que nunca se había ocupado demasiado de los niños, crecía día a día, tanto como la tristeza de Beatriz al ver alejarse a su hija mayor. Y con ella, también a sus hermanos pequeños.

Rosario se pasaba las tardes con su padre. Tras un largo día de estudio bajo la supervisión de la institutriz que compartía con sus hermanos y que la aburría soberanamente, y después de sus prácticas con el profesor de francés, iba con don Rafael a hablar con los jardineros o a repasar las cuentas de la finca. También limpiaban juntos la colección de armas antiguas que el hombre poseía. Solo a ella le permitía tocarlas; ni siquiera su hermano Rafaelito, el único varón, que los observaba desde la puerta entreabierta con cierta envidia, podía hacerlo.

A don Rafael le encantaban esas tardes. Quería disfrutar de la niña todo lo posible, porque pronto tendría edad para casarse y se marcharía de casa. Eso lo entristecía. «No se preocupe, padre, que yo me casaré con usted», era una broma que desde hacía años se había convertido en un chascarrillo familiar; la pequeña de la familia siempre le preguntaba a su hermana: «¿Cuándo te cases con padre serás mi mamá?». Y entonces a la madre se le escapaba una lágrima.

La Macarena, don Rafael, Rosario. No existía nada más. El universo se reducía a eso. Y él hubiese querido que fuera eterno, infinito.

Lo único que la chica no podía compartir con su padre eran las reuniones. Aquellos señores llegaban al mismo tiempo que su profesora de canto, y mientras ella vocalizaba y afinaba, ellos debatían; luego ella cantaba y ellos decidían. Eran reuniones largas, de copa de brandy y puro habano, de caras satisfechas gracias a la convicción y a la seguridad de haber tomado las decisiones que mueven el mundo. Cuando la muchacha cantaba, sus hermanos la escuchaban. También su madre. A veces hasta su padre y aquellos señores dejaban de hablar para prestar atención a su voz, que perdía la soberbia y llenaba el silencio con una belleza que casi se podía tocar.

Y después salían a pasear por los jardines de La Macarena. Esos jardines no se acababan nunca; todos los días podían escoger una ruta diferente, y siempre encontraban alguna sorpresa: descubrían una nueva especie de flor hermosa, aparecían caramelos colgados en un árbol, o a veces era una mesita llena de dulces en medio del camino o un libro olvidado en un banco con una bonita historia que contar. A don Rafael le gustaba la ilusión que mostraban sus hijos por aquellos paseos y se encargaba personalmente de que alguien de su confianza preparara algo especial; incluso los miembros del servicio competían entre ellos para inventar la sorpresa más original. Era el momento en que Rosario compartía a su padre con sus hermanos, ella colgada de su brazo y los niños corriendo alrededor. Una auténtica familia observada en la distancia por aquella mujer enfermi-za que, apoyada en el marco de la ventana, apartaba los visillos para ver cómo los recuerdos de una época en la que había tenido alguna importancia en aquel grupo feliz se quebraban a cada paso que daban. Sentía que ni su marido ni sus hijos contaban ya con ella. Poco a poco se fue apagando, hasta que apenas quedó nada de sí misma. Resignada, había comprendido que su labor había terminado. Se abandonó. Poco después murió sin que ello supusiera un gran trastorno para el resto de la familia

**R**emedios observaba a su hermana. Solo era tres años mayor que ella, pero desde el día en que salió del cuarto de los niños

sentía que estaba más lejos, que era más alta y más hermosa. Echaba de menos las noches de confidencias infantiles, las dos en la misma cama, mientras Rocío, «la monja», la segunda de las hermanas, las escuchaba con envidia y desprecio desde la cama contigua. A Remedios le encantaba ser la preferida de Rosario. Pero es que Rocío era tan seria, tan sensata, tan antipática, siempre rezando sus oraciones... No parecían hermanas. A Remedios le divertía hacerla rabiar, y añoraba los abrazos y las miradas de complicidad de Rosario. Ahora que todo era distinto, en algún momento pensó en buscar la compañía de Rosita, pero esta era muy pequeña y solo quería jugar. Tenía la sensación de que le habían robado algo. Se sentía sola.

Desde que su hermana dormía en su propia habitación, algo había cambiado en ella. Ya no llevaba trenzas ni faldón corto; no se reía ni hablaba como antes. Se habían acabado los secretos, ya no corría a buscarla para contarle, cuchicheando, los nuevos descubrimientos. Empezaba a tratarla como los mayores, y eso no le gustaba. Todo había ocurrido muy rápido, y el desconcierto inicial se fue convirtiendo en una mezcla de resentimiento y admiración. De la noche a la mañana, Rosario se había transformado en aquella princesa brillante e inalcanzable que imaginaban juntas cuando leían libros de cuentos.

Para Remedios, el jardín era su lugar mágico. Habían vivido increíbles aventuras en una isla desierta, en un bosque encantado, en un palacio de árboles altísimos cubiertos de bóvedas de estrellas. Allí habían imaginado a sus príncipes azules y a sus piratas de los mares del sur, se habían casado innumerables veces y habían viajado por lugares solo posibles en sus sueños. Ahora, paseando por La Macarena sin su Rosario del alma, ya no veía islas, ni bosques, ni palacios; ya no imaginaba príncipes, ni piratas; tampoco celebraba fiestas, banquetes ni recepciones. Los colores y los olores de siempre ya no le inspiraban nuevas historias. La luz que entraba entre las palmeras, como caminos directos al cielo, ya no le importaba.

Al acostarse, se pasaba horas mirando el techo. No estaba segura de querer que a ella le pasara lo mismo que a su hermana. Sabía que con el tiempo también entraría a formar

parte del mundo de los adultos, pero aún faltaba mucho para eso, y además Rocío iba primero. Remedios se sentía protegida en su rincón del cuarto de los niños. No quería crecer, no quería que nada cambiara. A veces, cuando no podía dormir y la casa se quejaba con algún ruido estructural, o cuando creía oír algún sonido extraño, miraba hacia la puerta deseando que Rosario entrara en silencio, se metiera en su cama y la abrazara para tranquilizarla. Le caían lagrimones por las mejillas mientras aguardaba a que se produjera el milagro, sin imaginar que, a partir de entonces, toda su vida iba a ser una larga espera.

Rosario estaba muy nerviosa. Corría el rumor de que estaban a punto de recibir una nota del ayuntamiento en la que les comunicaban que la habían escogido para ser la reina de las fiestas de la ciudad, y eso comportaba una responsabilidad enorme. Tendría que presidir los actos oficiales, abrir el baile, asistir a comidas... No paraba de moverse, abría armarios y cajones, sacaba de ellos pañuelos, cintas y abalorios, buscaba en revistas y catálogos. Necesitaba vestidos nuevos, complementos y joyas, debía diseñar peinados, practicar poses, prever conversaciones. Era la ocasión perfecta para presentarse en sociedad, el escaparate ideal para salir al mundo. Y no pensaba desaprovechar la oportunidad. Segura de sí misma, sabía cómo hacerlo, y el primer paso consistía en convencer a su padre de lo afortunada que sería esa inversión. «Buenos días, padre», ensayaba mientras se dirigía a su despacho. Lo mejor era decírselo sin rodeos, él se haría cargo enseguida de la importancia de la situación. Entró en la habitación sin pensarlo siquiera. Nunca había necesitado permiso, y tampoco esta vez lo pidió.

—¡Ahora no, Rosario!

La muchacha se quedó petrificada en el umbral de la puerta, con la mano apoyada en el pomo. No comprendía qué pasaba.

—¡Ahora no, te he dicho! ¡Márchate!

Don Rafael no tuvo que repetirlo otra vez. Rosario nunca lo había oído hablar de ese modo. Algo muy importante

debía de haberle dicho don Tomás, que estaba muy serio sentado al otro lado de la mesa, para que reaccionara de esa manera. Cerró la puerta despacio, mirando al suelo, sin hacer ruido y sin reconocer al hombre que le había dado la orden. Aún no había soltado el pomo cuando la invadió una oleada de rabia, y a punto estuvo de volver a entrar para exigir explicaciones. Pero el instinto le recomendó prudencia. Algo trascendental estaba ocurriendo, y no era el mejor momento para estar allí.

El día había amanecido soleado y don Rafael se preparaba para una jornada tranquila. Se sorprendió cuando le anunciaron una visita inesperada.

–Buenos días, don Rafael.

–Buenos días, don Tomás. ¡Qué agradable sorpresa! ¿Qué le trae por aquí? Creí que no teníamos que vernos hasta la semana que viene. Pase, siéntese. ¿Puedo ofrecerle una copa de brandy, un habano?

–No, gracias. Lamento presentarme de esta manera, pero no traigo buenas noticias.

No hacía falta ser muy observador para darse cuenta de que algo no iba bien. Don Tomás miraba al suelo. Era la pura imagen del abatimiento. Se dejó caer en el sillón que había delante de la mesa como si su cuerpo pesara el doble de lo habitual y, alzando con mucho esfuerzo la vista, miró fijamente a don Rafael.

–No sé cómo decírselo, don Rafael, pero... hemos perdido el barco.

Don Rafael necesitó que se lo explicara otra vez. Había habido un temporal, la carga se había desplazado. El movimiento había hecho que el buque se escorara por estribor por encima de los límites de estabilidad. El capitán y dos tripulantes habían desaparecido, el resto había podido subir al bote y estaba a salvo en tierra, pero el barco se había hundido.

Silencio.

Don Rafael estaba descompuesto. Tenía la cara desencajada, le pitaban los oídos y un agudo y repentino dolor de

cabeza lo obligó a cerrar los ojos. Lamentaba haber echado a la niña de esa forma, pero ahora no podía pensar en ella. En su mente chocaban baúles, toneles, mástiles y velas junto con todas las posibles consecuencias (¿qué podía hacer?), responsabilidades y pleitos (¿qué debía hacer?). Pesar, tristeza, miedo. El hombre imponente, confiado, grande, fuerte y sereno se estaba desmoronando. Se levantó, se acercó hasta la ventana y mirando a través del jardín, más allá de la playa y el mar, fue capaz de ver cómo los restos de su barco desaparecían, y con ellos el futuro de su familia.

Le costó unos minutos recomponer la imagen de sí mismo que quería ofrecer. En realidad, las cosas no iban tan bien como había hecho creer a los suyos y a todos sus conocidos esos últimos años, de modo que, sin consultarlo con nadie, había decidido arriesgar y pedir un préstamo para cargar el *Santa Teresa* con especias, telas y perfumes que había comprado en el norte de África. El éxito de la operación suponía asegurarse una pequeña fortuna que le proporcionaría unos años de tranquilidad y la posibilidad de adquirir otro barco para ampliar su negocio. Pero ahora esos proyectos se habían convertido en agua. No podría afrontar el crédito que había solicitado y los cimientos de su mundo se resquebrajaban.

Con esa fortaleza que brinda el orgullo, se giró hacia don Tomás, que llevaba un rato guardando silencio sin dejar de mirar al suelo, suspiró profundamente y le pidió un tiempo para meditar.

—No se preocupe, don Tomás. Váyase a casa, yo me encargo.

En cuanto se cerró la puerta, don Rafael fue muy despacio hacia el escritorio, se sentó en su sillón, apoyó los codos encima de la mesa y, cubriéndose la cara con las dos manos, lloró todo lo que no había llorado desde niño.

Rosario se miraba en el espejo, y lo que veía le gustaba: el vestido era tal como lo había imaginado, el peinado le favorecía y la banda que le cruzaba el pecho indicaba claramente que ella era la protagonista. Parecía mayor, y eso le encantaba.

En cualquier momento su padre llamaría a la puerta, le ofrecería la mano y la guiaría hasta el coche que iba a llevarla al ayuntamiento, donde las autoridades de la ciudad la estaban esperando para dar comienzo a la semana de fiestas. Había imaginado esa escena muchas veces.

Encima de la cama había dos vestidos más, y en el suelo estaban los dos pares de zapatos que completaban el conjunto. Los profesionales que habían ido a peinarla y maquillarla acababan de marcharse después de haber hecho un trabajo magnífico. Llevaba un buen rato ensayando gestos delante del espejo. Solo un débil redoble de tambor en su corazón la obligaba a reconocer que estaba algo nerviosa, pero no dejaría que nadie lo notara.

En ningún momento pensó en lo poco que le había costado convencer a su padre de que pagara los gastos que todo aquello suponía. Cuando se lo propuso, estaba tan excitada que no se dio cuenta de que él apenas la escuchaba, ni de que en aquel instante le habría concedido cualquier cosa que le hubiera pedido. Mientras ella le hablaba de modistas, peluqueros y maquilladoras, él asentía con un gesto de la cabeza, absorto en sus pensamientos. Cuando don Rafael fue consciente de lo que estaba pasando, ya no tuvo tiempo de rectificar. A Rosario no podía negarle nada.

«¡Gracias, padre! Estará orgulloso de mí.» Pero él siempre estaba orgulloso de su hija. Aunque no quería apartarla de su lado, sabía lo importantes que eran las relaciones sociales para poder celebrar un buen matrimonio. Pensó que ya no importaba demasiado si podía permitírselo; era una buena inversión y quizá la última oportunidad de ser recibido, sin miradas ni comentarios, en su círculo de amistades. También era una ocasión única para tantear a sus conocidos y entrever quién podía devolverle algún favor. Tenía que intentarlo todo antes de caer en desgracia públicamente.

Don Rafael, que también estaba un poco nervioso, golpeó varias veces la puerta entreabierta de la habitación de Rosario.

—¿Estás lista?

La miró, y la vio tan hermosa y valiente, tan ignorante de lo que estaba a punto de pasar en sus vidas, que le faltó poco para emocionarse. Se forzó a disfrutar del momento. Tomó la mano de su hija, la posó en su brazo y, dedicándole una amplia sonrisa, la acompañó hasta la escalinata.

Remedios miraba a su hermana con admiración; nunca la había visto tan guapa. Sin embargo, para Rocío todo aquello era una solemne estupidez, un despilfarro vergonzoso, un exceso de ostentación casi obsceno. Los dos pequeños observaban la escena como si asistieran a la representación de uno de los cuentos que les contaban antes de dormir. Rosita no pudo evitar preguntar si ya se casaban.

## 2

**H**abían pasado varias jornadas de travesía bordeando la costa mediterránea. Hacía un día precioso y la visibilidad era magnífica. Apoyado en la barandilla de popa del buque, Tobías Vila contemplaba cómo España desaparecía en el horizonte. Estaría fuera mucho tiempo y quería guardar una imagen clara de su tierra.

Estaba nervioso, pero encaraba con ilusión el viaje a Nueva York, desde donde partiría hacia Quebec, inicio de un recorrido por una serie de granjas canadienses en un viaje de estudios organizado por la Facultad de Ingeniería Agrónoma de Barcelona. Había logrado costearse el viaje con una beca que le habían concedido y con la legítima que le había pedido a su padre para poder llevar a cabo el proyecto.

Su amigo Félix lo acompañaba en la aventura. Tobías hablaba bien francés y Félix dominaba el inglés, de manera que juntos formaban un buen equipo. Se habían conocido el primer día de universidad, y mientras afianzaban su amistad se habían convertido en colegas inseparables.

Aunque los últimos días no se habían visto demasiado. Félix llevaba muy mal lo de viajar en barco. Poco después de partir había empezado a encontrarse mal, y las náuseas no lo habían abandonado en ningún momento. No lograba retener en el estómago nada de lo que comía, y a Tobías le costaba aguantar el olor acre que impregnaba el pequeño camarote que compartían, causado por los continuos vómitos de su compañero. Félix estaba cada vez más débil y no conseguía levantarse de la cama. Tobías cuidaba de él, pero intentaba estar el máximo tiempo posible en cubierta. Ninguno de los dos olvidaría nunca ese viaje.

Tomar la determinación de marcharse no había sido lo más difícil para Tobías. Fue algo espontáneo, fruto del ímpetu, la osadía y la inconsciencia juvenil; vio la ocasión y la aprovechó. Lo complicado fue explicárselo a sus padres. Iba a estar fuera mucho tiempo, quizá más de un año, y la beca que le ofrecían no era suficiente. El señor Vila era un hombre generoso, pero siempre meditaba largamente cualquier decisión que supusiera un gasto importante. Pero Tobías no podía esperar. Debía comunicar a la universidad su respuesta antes de que se le adelantara otro alumno que tuviera las mismas magníficas calificaciones que él y su amigo. Aunque a su madre le parecía demasiado joven para que pasara tanto tiempo fuera de casa, Tobías sabía cómo conquistarla y ella, que era incapaz de negarle nada a ninguno de sus hijos, y mucho menos a Tobías, prometió ayudarlo a convencer a su padre.

Así fue como el señor Vila, acorralado por su mujer, que ejercía sobre él mucho más poder del que quería reconocer, aceptó concederle la legítima. En pocos días, el abogado de la familia calculó el patrimonio familiar y la parte proporcional que a Tobías le correspondía legalmente, tramitó la documentación y los reunió para firmar.

Mientras sentía cómo la brisa le golpeaba la cara, pensó en la imagen que se le había quedado grabada: su familia despidiéndole en el puerto de Barcelona. En el muelle estaba su padre, también llamado Tobías, un hombre grande, fuerte, noble y con una oscura barba muy poblada, que se apoyaba en el hombro de su mujer, Dolores. Esta, a pesar de ser muy menuda, ya que apenas llegaba al pecho de su marido («Mira mi chiquitina —decía su padre, aún enamorado—, cuando se sienta le cuelgan los pies de la silla»), había parido seis hijos sanos y los cuidaba a todos con una fortaleza y un carácter sorprendentes en un cuerpo tan pequeño.

Tobías era el quinto hijo de la pareja, el cuarto varón. Se llamaba así por la perseverancia de su padre, que a la quinta oportunidad le pidió a Dolores, con más tristeza que convicción,

continuar con la tradición familiar. Su nombre era lo único que a ella no le gustaba de su marido, y había luchado con uñas y dientes para no tener que ponérselo a ninguno de sus hijos. Pero, débil como estaba después del parto y viéndole las lágrimas en los ojos, no pudo negárselo. Y Tobías cargó con el nombre. Le habían contado tantas veces esta historia que se juró a sí mismo que la tradición familiar se acabaría con él; que, si alguna vez tenía un hijo, sintiéndolo mucho por su padre, lo llamaría de otra forma.

Sus hermanos también estaban en el puerto. Era la primera vez que alguien de la familia viajaba tan lejos. En ese momento Tobías era un héroe, y nadie quiso perderse el acontecimiento. Allí estaba su hermano mayor, Miquel, el ejemplo de lo que debía ser un hombre como Dios manda y mano derecha de su padre en la fábrica textil que tenían en Castellar del Vallés, cerca de Sabadell. Tobías siempre había odiado la fábrica. No soportaba el ruido continuo y ensordecedor de los telares, mezclado con los gritos de las trabajadoras, que lo piropeaban descaradamente cuando lo veían. Eso lo avergonzaba sobremanera desde que era muy pequeño y hacía que se ruborizara, cosa que provocaba que las mujeres se burlaran con cariño del chiquillo, lo que hacía que la situación fuera aún más insoportable. Detestaba el olor a aceite de las máquinas y aquel aire repleto de pelusa que era visible a la escasa luz que entraba por los cristales de las ventanas. Siempre hacía mucho calor, y Tobías salía con un terrible dolor de cabeza cada vez que iba a ver a su padre al despacho. Procuraba mantenerse lo más alejado posible de esos desagradables recuerdos de infancia.

Su hermana Eulalia, la única chica, elegante, distinguida y muy bella, había acudido con su marido, Jofre, contable de la fábrica y gran amigo de Miquel, y con la hija de la joven pareja, Merceditas, un bebé todavía, que dormía en brazos de su madre. Cuando Jofre le pidió la mano de Eulalia a Tobías padre, a este le pareció una solución magnífica casarla con su trabajador más destacado, el que mejor conocía los entresijos del negocio, porque asociarlo a la fábrica le aseguraba su fidelidad

y su interés en mantener unido el patrimonio. Además, ella parecía razonablemente enamorada, y Miquel estaba encantado de tener a su mejor amigo en la familia.

Enric, el bueno de Enric, en el más amplio sentido de la palabra, el tercero de sus hermanos, había pedido permiso en el seminario para poder estar allí, paseando su larga sotana por el muelle. Su madre estaba muy orgullosa de él; tener un religioso en la familia le daba prestigio entre sus amigas y suponía un importante apoyo espiritual que ningún otro de sus hijos le aportaba. Enric era un gran amante del estudio y tenía una profunda vocación. Estaba destinado a hacer carrera en el seno de la Iglesia.

Al lado de Enric se encontraba Santiago, el ingeniero de la familia, el visionario. De hecho, ahora tenía entre manos un increíble proyecto de transporte público aéreo que iba a revolucionar la vida de la ciudad. Era un hombre muy imaginativo y enamorado, no de las muchachas a las que atraía inconscientemente, sino de las ideas y los nuevos proyectos que creaba. Era el más afín a Tobías, por edad y por carácter. De pequeños se pasaban el día entero inventando máquinas, artilugios e historias. El espíritu aventurero de Tobías se fue gestando en esa época de viajes imaginarios y soluciones extraordinarias para los terribles peligros a los que tenían que enfrentarse en sus expediciones fantásticas. Santiago era el que más lo añoraría, al menos hasta que se le ocurriera una nueva y brillante idea.

Y junto a todos ellos estaba Josep, el benjamín, estudiante de Arquitectura, niño mimado de la familia y la debilidad de Tobías. A pesar de ser ya un hombre hecho y derecho, despertaba en todo el clan un sentimiento de protección que en Tobías era más que exagerado. Por eso antes de subir al barco le había hecho prometer a Santiago que cuidaría de él en su ausencia y que no permitiría que nada malo le pasara. Promesa que a los pocos minutos Santiago ya había olvidado, sustituyéndola por un nuevo proyecto que se le acababa de ocurrir mientras observaba las grúas del puerto.

Llegado el momento de la partida, la familia al completo tenía los brazos en alto y lo saludaban gritando con entusiasmo

mientras el buque se iba separando del muelle. No se marcharon hasta que el barco se perdió en el horizonte.

«No te olvides de nosotros», le había dicho su madre la noche anterior mientras colocaba una fotografía encima de la ropa que Tobías había preparado para llevarse. Se había sentado a su lado y le había tomado la mano. Los pies le colgaban de la cama. «En esta casa te queremos mucho, hijo. Pensaremos mucho en ti y te echaremos de menos.» Dolores no era una mujer de lágrimas, pero sí de miradas profundas. «Acuérdate de escribirnos, y llama de vez en cuando.» Después, con una sonrisa triste en los labios, mitad de pena, mitad de orgullo, le ayudó a cerrar la maleta.

Tobías se alegraba de que su madre le hubiera dado la foto. Se la habían hecho las últimas Navidades, una de las pocas ocasiones en las que estaban todos juntos. En ese instante, cuando ante el nuevo gran proyecto Tobías se preguntaba si estaba haciendo lo correcto, acordarse del apoyo de su familia era de gran ayuda.

Enfrascado en sus pensamientos, no se había dado cuenta de que ya no quedaba rastro de tierra firme, de que estaban rodeados de agua por todas partes. Una sensación de desasosiego lo invadió. Hizo un gesto como para quitarse los fantasmas de la cabeza y se dirigió hacia el interior para ver cómo se encontraba su amigo.

El viaje fue relativamente plácido, incluso aburrido. Excepto por algún día de mala mar en el que Félix volvió a caer en el penoso estado del que parecía haberse recuperado, el resto de las jornadas transcurrieron lentas y ambos tuvieron mucho tiempo para meditar, escribir, jugar a las cartas y soñar con la cada vez más próxima aventura que los esperaba. Tobías llevaba un cuaderno de viaje que le había regalado su hermano Santiago antes de partir y tenía la intención de escribir en él la crónica del viaje. De momento, poco había que contar, salvo la compañía esporádica de algún que otro delfín, la sensación de paz que le inspiraba la línea del horizonte y el

increíble cielo estrellado que podían contemplar la mayoría de las noches.

Ya empezaba a acostumbrarse a esa cadencia diaria cuando por fin llegaron a su destino. Ver aparecer tierra a lo lejos le provocó sentimientos contradictorios. Por un lado, ansiaba llegar, conocer, empaparse de nuevas experiencias. Por el otro, había encontrado cierto placer en aquella especie de recogimiento, de aislamiento voluntario, casi místico. Llegó a pensar que la vida de marino no debía de estar tan mal.

El entusiasmo de Félix, que se moría por escapar de la tortura en que se había convertido aquel viaje, lo contagió rápidamente. A medida que se acercaban al puerto de Nueva York crecía la excitación de los dos amigos, que, tomados por los hombros, vieron cómo dejaban atrás la estatua de la Libertad.

—Es mucho más pequeña de lo que me imaginaba —dijo espontáneo Félix en voz baja, como si se le hubiera escapado lo que se le pasaba por la cabeza en ese momento.

Era lo mismo que estaba pensando Tobías. Según él, la libertad de un país era algo grande, muy grande. Aquella era una estatua muy hermosa, pero la había imaginado inalcanzable, tan grande como aquello que simbolizaba. Sin embargo, no se sintió decepcionado, porque de repente pensó que quizá la libertad tenía que ser algo más pequeño y profundo; que, igual que aquella estatua en medio del agua, inmutable frente a las olas, de apariencia frágil pero fuerte e inamovible, la libertad también podía ser un sentimiento bien enraizado en el corazón y por el que valía la pena luchar.

Cuando desembarcaron, el suelo se movía bajo sus pies. Tenían ganas de pisar tierra firme pero, acostumbrados al vaivén del barco, la sensación de seguridad que esperaban encontrar aún se demoró un poco.

Los trámites de entrada fueron más rápidos de lo que habían supuesto. Pero, a pesar de que habían entrado en el país como visitantes y viajado en segunda clase, se sentían tan desamparados como los emigrantes que habían viajado hacinados en

tercera, en busca de un futuro mejor para ellos y sus hijos. A toda esa gente no la habían dejado desembarcar todavía; antes debían ir a la isla de Ellis, donde pasarían varias horas, o incluso días, de incertidumbre, trámites y estrictos y humillantes controles médicos y legales. No se les permitiría entrar en el país si no demostraban estar sanos, tener parientes que los recibieran o un trabajo. También debían carecer por completo de antecedentes penales y contar con un mínimo de veinticinco dólares en el bolsillo por persona para costear su manutención durante los primeros días. Tobías los había visto en cubierta, reunidos en grupos, riendo, cantando, ilusionados con las perspectivas, cuidando los unos de los otros, compartiendo comida y proyectos de futuro, pero separados del resto del pasaje por unas enormes rejas. Había muchos niños corriendo, gritando y jugando, y a Tobías le parecieron mucho más felices que los remilgados de segunda o de primera clase. En cierto modo, los envidiaba. Hasta que los dos amigos no hubieron desembarcado y Tobías los vio mirando desde la borda la tierra prometida con esperanza y con miedo, no fue consciente del drama que vivían y de lo desesperada que podía llegar a ser su situación.

Entusiasmados, con sus maletas en las manos y arreglados para la ocasión —pantalón, calcetines y zapatos blancos, *blazer* negro, corbata y canotier a la moda—, los dos salieron a enfrentarse a su nueva vida.

Nueva York los enamoró desde el primer momento. Aunque venían de una gran ciudad y se les daban de cosmopolitas, aquello era otro mundo. Nunca habían visto edificios tan altos. Desde lejos no lo parecían, pero una vez delante de ellos había que levantar mucho la vista para ver el final. Eso sí que los impresionó. La ciudad tocaba el cielo. Pero, por el temblor que sentían bajo sus pies y por el hedor que se percibía, mezcla de cloaca y de restos de basura acumulados, se les ocurrió que también debía de tocar el infierno. Pasaron un buen rato observando todo lo que ocurría a su alrededor, empapándose de tantos contrastes y tanta magnificencia.

—Y ahora... a La Nacional —dijo Félix, sacando un papel del bolsillo, encantado de pisar asfalto—. Sociedad Española de Socorros Mutuos —leyó despacio—, aquí la llaman Spanish Benevolent Society. Tenemos que buscar el puente de Manhattan, en el Lower East Side; por allí está Little Spain, cerca de la calle Catorce, entre la Séptima y la Octava Avenida.

Ninguno de los dos entendía nada. Se quedaron mirando el papel unos segundos y empezaron a reírse a carcajadas. La gente que pasaba cerca de ellos los miraba sonriendo. Con su impecable inglés de Oxford, adonde su padre lo había mandado a estudiar el bachiller, Félix preguntó y, muy amablemente, les indicaron el camino.

—Pero mira qué par de señoritos nos entró por la puerta —dijo una voz femenina con marcado acento asturiano.

Un hombre que pasaba a su lado dejó en el suelo la caja que cargaba, se dirigió hacia ellos y, con un inglés americano bastante aceptable, les preguntó en qué podía ayudarlos.

—Félix Sanchís y Tobías Vila —dijo el primero, ofreciéndole la mano y adelantándose como siempre a su amigo, gracias a su carácter más extrovertido—. En España nos dijeron que aquí podrían aconsejarnos. Acabamos de desembarcar y necesitamos un lugar donde alojarnos durante algunos días. Estamos de paso.

—¡Vaya, pero si sois compatriotas! —respondió sorprendido el hombre mientras les estrechaba la mano y los acompañaba hacia el interior—. Encantado, soy Gregorio, y esta es Carmen. —La mujer saludó con un gesto de cabeza—. ¿De dónde venís, muchachos?

Estuvieron un rato charlando sobre las novedades de España, los motivos de su viaje y las anécdotas de la travesía; sobre todo Félix, que precisaba poco para ponerse a hablar por los codos. Gregorio pensó que no tenían aspecto de necesitar mucha ayuda, pero aun así les encontrarían un sitio para dormir.

—Pasad y echadme una mano con estas cajas mientras Carmen os busca algo. Sabíamos que hoy llegaba un barco de España, pero no esperábamos visitas tan pronto.

Félix y Tobías dejaron las maletas en un rincón, se quitaron la chaqueta, se arremangaron y se dispusieron a ayudar en lo que fuera menester; algo de movimiento les vendría bien después de tantos días de inactividad. Gregorio, el marido de Carmen y asturiano también, aprovechó para sacar adelante mucho más trabajo del que tenía pensado.

La pareja llevaba muchos años en América y eran miembros destacados de la colonia española de Nueva York. No les habían ido mal las cosas. Para ellos, el sueño americano había sido una realidad. Habían abierto una tienda de ultramarinos especializada en productos españoles de importación que funcionaba muy bien. Sus hijos, que habían nacido allí y hablaban inglés mejor que castellano, los ayudaban en el negocio. Estaban a punto de tener un nietecito. Agradecidos por cómo los había tratado la vida, se sentían obligados a ayudar a los que habían tenido menos suerte, y en su tiempo libre colaboraban con La Nacional.

Al centro acudían los emigrantes recién llegados, que encontraban en la comunidad un gran apoyo y cariño para empezar su andadura en el Nuevo Mundo. Los ayudaban a buscar casa y empleo en caso de no tenerlos y les proporcionaban asistencia médica, jurídica y espiritual. Además, era un punto de reunión, allí celebraban las fiestas nacionales, bodas, bautizos y funerales. Era el lugar adonde acudía todo aquel que necesitaba recordar sus raíces, y cualquier americano que quisiera conocer las costumbres españolas era también bienvenido. Allí se daban clases de inglés y castellano, se enseñaba a leer y a escribir, había grupos de danzas regionales, se tocaba la gaita y la guitarra, se jugaba al dominó y a la podrida y, a pesar de la prohibición impuesta desde 1920, se bebía vino tinto casero a escondidas. Pero, sobre todo, allí se añoraba la madre patria.

Los chicos cayeron en gracia enseguida. Una vez que terminaron el trabajo encomendado, los convidaron a una limonada en la cantina, les presentaron a varias personas y mientras se aseaban un poco —«Con lo blanquitos que venían los pobres...», dijo Carmen—, se debatió sobre el mejor lugar para alojarlos. Finalmente decidieron mandarlos donde la Rosita,

que regentaba una pensión para compatriotas llamada La Avilesina; quedaba cerca, un poco más arriba, en la calle Dieciséis. Allí estarían como en casa, y no les costaría más que unos dólares. «Y Rosita estará encantada de cuidar de estos zagales tan guapos», dijo Carmen.

—En La Bilbaína, Joaquina os dará bien de comer. Y si necesitáis cualquier cosa, pasaos por La Iberia y le decís a José que vais de mi parte.

Por la noche los llevarían a cenar a El Chico, un restaurante y *night club* regentado por Benito en el que la música latina los haría sentir como en casa y donde les presentarían a más compatriotas. A más de uno les brillaron los ojos pensando que los recién llegados eran un buen partido para sus hijas solteras. Se veía que eran chicos bien educados, con ambición y ganas de trabajar. Gente de posibles con futuro.

Esa noche, ya instalados en la pensión, durmieron plácidamente —en parte por el cansancio y la excitación, pero también por la cantidad de vino que habían bebido—, con la sensación de haber empezado con buen pie su andadura por las Américas.